

Pueda, al menos, oh Dios, desde el retiro
donde mi mal sujétame, servirte
con el débil aliento que me resta.
Si no la espada, válgame la lira,
Valerosos resuenen sus acentos,
y en trance tal para la Patria vibre
sus versos mi canción. ¡Tal como lanza
rayos la tempestad! Ellos traduzcan
mi vehemente sentir. Ellos proclamen
la excelsitud de Dios. Ellos prediquen
el amor á la Patria. Digan ellos
mis raigadas, mis íntimas ideas;
con toda la efusión de mis amores,
con todo el arrebato de mis iras;
con cláusulas de fuego, rutilantes
como chispas del Sol.

Sé, complaciente,
mi Musa, tú, destello venturoso
de la Divina Lumbre, siempre clara;
tú, cantor, castellano, de Castilla;
de voz tan pura, de virtud tan neta;
tú, modelo del noble ciudadano;
tú, cristiano, por Dios; tú, ¡buen poeta!

CANCIÓN PARA NOCHE-BUENA

CANCIÓN PARA NOCHE-BUENA

Al soldado español.

Finaba el año 1909. Las fiestas de *las Pascuas* llegaban á largo andar. Muchos miles de soldados, compatriotas nuestros, disponíanse á pasar la *Noche-Buena* lejos de sus cariños, apartados de sus hogares, en las tierras inhospitalarias del Rif.

Dos artistas, nobilísimos é insignes, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, pensaron con amor en ellos. Y organizaron una función espléndida, para convertir sus productos en diversos *aguinaldos*; obsequios y finezas bien debidos á tan bizarros mozos españoles, sujetos por el deber á todos los rigores de la disciplina y á un forzoso alejamiento de sus tierras natales.

Tan generosa iniciativa despertó bien pronto gratos ecos y fué coronada por el éxito más feliz.

La Real familia prestó á la artística solemnidad, desde

el primer momento, el concurso de su presencia. La más aristocrática sociedad de la Corte llenó los palcos y butacas. En los asientos de los pisos altos se acomodó una representación muy lucida de la guarnición de Madrid.

Los artistas del Teatro de la Princesa interpretaron, á las mil maravillas, una encantadora comedia de D. Pedro Calderón.

Después tocó el turno á una lectura de poesías.

Fernando Mendoza adelantóse al proscenio, y recitó, de un modo admirable, los versos que siguen...

I

Soldados de España, que en tierras del Rif
veláis por el nombre del pueblo español;
soldados heroicos de España : salud.

¡Oh, fiestas sublimes! ¡Oh, mágica paz
la paz que á los hombres prodiga sin fin,
tornando á sus lares, el Hijo de Dios!
¡Oh, Pascuas gozosas!

Diciembre, crüel,
— que es lóbregra tumba del año, fatal, —
por ellas, de pronto, se llena de luz.
Sus fiestas radiantes son fiestas de amor,
al vívido fuego que presta el hogar.
Mas, ay, que vosotros, en tierras del Rif,

soldados de España, — marcial juventud, —
ni hogar que os regale su fuego tendréis.

Habréis, por lo mismo, quien mire *por vos*;
con esa infinita, piadosa bondad
que busca en los goces ajenos su bien.
El Arte, la excelsa Poesía, que es sol
que á todos regala feliz claridad;
que á todos otorga sus dones, feliz,
si os manda saludos que os sepan á amor,
os brinda regalos que os plazcan también.

La clásica Noche, que es Buena, vendrá.
Los ojos, las almas, — con viva inquietud,
con vivos afanes de paz y de amor, —
en tierras de España pondréis, sin cesar.
Y entonces, ¡entonces!, quizá cantaréis;
con una profunda, viril emoción;
un llanto sintiendo correr, á la par,
que es llanto del alma, y es llanto viril.

¡Queréis que os designe, soldados, canción
que inunde las almas de bien? ¡Me escuchad!

II

En tal velada, memorable,
cantar debéis una canción
que yo os dictara si tuviera
mi voluntad inspiración.

Una canción rotunda y noble,
con una letra siempre igual;
mas que á la música ajustara
de sus amores cada cual.

Cada soldado, conmovido
por el recuerdo bienhechor
de la su tierra; preferida
por los anhelos de su amor.

Cuál á los sones del *zortzico*,
rústico, noble, todo luz;
quién á los cantos que prefiere,
todo pasión, el andaluz;

cuál, á las notas, adorables,
de *giraldilla* bien gentil;
quién, á las músicas hermanas
de dos hermanos: Miño y Sil;

cuál, á las otras que enajenan,
con tanto rudo, grave són,
por ambos reinos de Castilla,
por tierras nobles de León;

quién, al compás de la *sardana*,
con que reviva dulce ayer;
quién, á los ritmos de la jota
por que palpita de placer;

ya la que anima de Valencia,
de Murcia alegre, la región;
ya la que es canto de Navarra,
ya la que es himno de Aragón.

Así, las músicas diversas,
mas con un alma siempre igual,
—un sentimiento que en las almas
halla su puro manantial, —

mientras allá consuelos fueran,
que os aprestaran protección,
hasta la Patria llegarían
como una sola gran canción.

Una canción tan sólo, magna;
canto del pueblo, natural;
fiel expresión del ansia viva
del alma toda nacional.

Con una letra, clara y noble,
que cante á Dios con viva fe;
que cante á España, ¡tan gloriosa!,
de nuevo ya gentil, ¡en piel;

que al Rey feliz, Primer Soldado,
— signo de Fe, signo de Honor, —
tribute clásico homenaje
de pura fe, de puro amor.

Tal, oh soldados valerosos,
que en tanta ruda nueva lid
mostráis al mundo que la sangre
jamás extinguese del Cid;

tal, oh soldados, bien pudiera
ser, ante España, la canción;
con una letra para todos,
que habéis un mismo corazón.

Gaya canción, en Pascuas nuevas;
canción viril, canción marcial,
que tradujese toda el ansia
del sentimiento nacional.

Ella á la Patria llegaría,
como un mensaje, todo amor.
Donde las madres os esperan,
diciendo preces al Señor.

Donde las mozas os aguardan,
trémulas todas de inquietud;
las que os prometen sus amores,
en tan florida juventud.

Donde los campos que regara,
con tanto afán, vuestro sudor,
vuestro socorro solicitan,
como el del riego bienhechor.

Donde las clásicas iglesias,
— faros de Dios, fuentes de luz, —
¡abren á todos, en sus torres,
los firmes brazos de la Cruz!

Bien lo aprendisteis. En la Guerra,
santo deber os lo enseñó.
No es el vocablo *patria*, sólo
pompa sutil del habla. ¡No!

Dice, pregonar, la grandeza
de una inmutable realidad;
con el poder irresistible,
deslumbrador, de la Verdad.

Como en el germen nacen juntos
los mil primores de una flor,
en el concepto de la Patria
latente vive todo amor.

Con tales nobles sentimientos,
flor exquisita del sentir;
con la memoria del pasado,
con la ilusión del porvenir,

bien es posible toda empresa
de alientos grandes, en verdad.
Sin ellos, pronto perdería
toda razón la Humanidad.

Bien lo aprendisteis en la Guerra,
con las lecciones del Deber.
¡Cuando volváis, decidlo á todos
cuantos lo deban aprender!

Decidlo á todos, con el fuego
de la raigada convicción;
con el lenguaje del cariño,
que sólo dicta el corazón.

Y en tanto llegan tales horas
desde esas cumbres lo cantad.
¡En altas voces! ¡Con el gozo
de quien proclama la verdad!

Canción feliz, de Noche-Buena,
que en gratas horas yo soñé;

canto de amor, — ¡de amor á España,
nobles soldados!, —
himno robusto de la Fe :
vibra feliz, y á España llega,
con varia forma, pero siempre
con un espíritu español,
y un «¡Viva España!» te corone,
que cruce el mar, ¡que llegue al Sol!

LOS SITIOS DE ZARAGOZA

LOS SITIOS DE ZARAGOZA

LA TORRE NUEVA

Á D. Mariano Miguel de Val.

I

¡Sitios, los de Zaragoza!
La Torre Nueva los vió,
sin que nadie los mirara
desde una altura mayor,
ni con ánimo tan firme,
por su firme condición.
Sólo, á veces, desde el cielo,
la luna, blanca de horror;
temblorosas, las estrellas;
rojo de cólera, el sol.
¡Siempre, y á mayor altura
que la Torre, sólo Dios!
¡Sitios, los de Zaragoza!
¿Dónde epopeya mayor?

Por algo, ciudad insigne,
 tu sino te reservó
 el noble sitio que ocupas
 en el solar español.
 Miro á España frente á frente,
 como en mágica visión;
 con ademán arrogante,
 con gesto dominador;
 cual si de pie se pusiera
 por artes de la ilusión.
 Luce su frente corona
 de riscos en derredor;
 riscos del Pirene bravo
 que domina el Canigó.
 Hundidas en anchos mares,
 de rocas sus plantas son.
 Miro á España frente á frente,
 con ojos de soñador,
 y es, en la noble apostura
 con que el afán la soñó,
 el lugar de Zaragoza,
 el lugar del corazón.

*
 * *

¡Oh sitios inolvidables!
 ¿Dónde epopeya mayor,
 ni quién, cual La Torre Nueva,
 con tanta piedad los vió?
 Fué la Torre como un símbolo
 de nobleza y de tesón;
 fué como la imagen viva
 de la Ciudad del Valor

puesta de pie; como un reto
 del alma de Palafox,
 del alma de Zaragoza,
 contra el osado invasor;
 como altivo centinela
 que el sueño jamás rindió;
 como esforzado vigía,
 siempre con ojo avizor.
 No lograron con moverla
 ni estampidos de cañón,
 ni maldiciones rabiosas,
 ni alaridos de terror.
 ¡Jamás vaciló la Torre!
 ¡La Torre jamás tembló!
 Las voces de sus campanas
 fueron su vibrante voz;
 voz que llenara los aires
 con intensa vibración,
 como advertencia del riesgo,
 como aviso protector,
 y, á veces, con los rugidos
 de terrible maldición.
 Contra el francés, con el tono
 de la amenaza feroz.
 Para su pueblo bizarro,
 con la piedad del amor.

*
 * *

¡Torre insigne! ¡Torre Nueva!
 ¡Su gracia me preste Dios!
 Llevada por Él mi pluma,
 celebre tus glorias yo.

II

*Zaragoza está en un llano,
y la Torre Nueva en medio...*

Zaragoza está cercada
por poderosos ejércitos.
Son los del gran Bonaparte,
nuevo aborto del infierno.
Mas no Zaragoza tiembla;
tenaz resiste el asedio,
con no igualada bravura,
con no superado esfuerzo.
Donde castillos... ó tapias
no la aprontan parapetos,
bien resguardados con bocas
de cañones y morteros,
murallas forman sus hijos:
¡las mejores! ¡con sus cuerpos!
Si la defienden los mozos,
no la abandonan los viejos;
rivalizan las mujeres
con todos, por sus alientos,
y es la Virgen milagrosa
del Pilar, desde su templo,
valerosa capitana
de su tropa y de su pueblo.
¿En dónde tal heröismo,
ni cuándo, los hombres vieron?
Corre — ¡cuál corre! — ganoso
de contarlo al mar, el Ebro.

*
* *

*Zaragoza está en un llano,
y la Torre Nueva en medio...*

Por la Torre no hay sorpresas,
ni con la Virgen hay riesgos.
En vano los enemigos
multiplican sus empeños;
en vano sus baterías
acrecen sus vivos fuegos,
y el aire cruje, rasgado
por el feroz bombardeo;
en vano al asalto acuden,
suscitan fuertes incendios,
en minas audaces piensan,
y á todo se atreven ciegos.
Siete veces atacaron
con el ímpetu frenético
del alud; como en torrentes
de chispas, ¡¡trombas de acero!!
Otras tantas, derrotados
y rechazados se vieron.
Ora la lucha se entabla,
sin tregua, rabiosa, dentro
de la ciudad; lucha horrible,
cara á cara, cuerpo á cuerpo;
ya por las calles sangrientas,
ya cabe el roto convento,
ya en las casas invadidas,
¡entre el polvo y el estruendo!
¡Contra lobos, que se lanzan
como lobos al saqueo!
Cálida noche de estío
contempla el cuadro tremendo.

Parte del Coso relumbra
 como un volcán, todo fuego.
 Arde la ciudad entera
 de furor, y á sus destellos.
 ¡Piedad, Virgen milagrosa!
 ¡Favor, Cristo de La Seo!

 ¿Cómo, con la luz del día,
 truécase en vivo contento,
 por la ciudad, furia tanta,
 que llegó á espantar al cielo?
 ¡Ya levantaron el sitio
 los invasores! ¡Ya huyeron
 de su campo! ¡Ya se alejan
 sus batallones, maltrechos!
 Desde la Torre, que canta,
 se les ve marchar muy lejos.
 La jota llena los aires
 de alborozados acentos;
 la gente llena las plazas,
 la gente invade los templos.
 «¡Viva Zaragoza!», gritan
 miles de voces á un tiempo.
 ¡Gracias, Virgen milagrosa!
 ¡Gracias, Cristo de La Seo!
 El gran corazón de España
 retorna á latir sereno.
 Libres al fin, y españolas,
 por la virtud de su esfuerzo,
 sigue cantando la Torre,
 triunfa la ciudad de nuevo:
 ¡Zaragoza está en su llano!
 ¡¡y la Torre Nueva en medio!!

III

*Virgen del Pilar hermosa,
 ¿qué has hecho, que te has dormido?
 ¡Ya han entrado los franceses
 por la puerta del Portillo!*

Con las nieblas del otoño
 tornaron los enemigos;
 con el invierno, apretaron
 sus tropas contra el recinto.
 ¡Virgen del Pilar! ¿Qué hiciste?
 Ya es más duro el nuevo sitio,
 con que la ciudad se mira
 tan pendiente de tu auxilio.
 Sé de nuevo capitana.
 ¡No abandones á tus hijos!

*
**

Mas ¡ay!, que Dios, en sus altos
 é inescrutables designios,
 acrece las grandes pruebas
 con la prueba del martirio.
 Ve la Torre con asombro
 cuál se tuerce el rauda giro
 de la Fortuna; contemplan
 sus grandes ojos, tan fijos,
 cuál los franceses avanzan
 sin vacilar, ¡como en círculo
 de hierro, para la muerte

de la ciudad prevenido!
 Tremendas luchas de nuevo
 se riñen, con nuevos bríos.
 ¡Cuán tremendas! ¡Calle á calle,
 casa á casa, piso á piso,
 palmo á palmo; fieras luchas
 en que disparos y gritos
 suenan menos que las voces
 de angustia de los heridos!
 Media ciudad es á modo
 de un infernal laberinto;
 llueven sobre Zaragoza
 las balas en torbellinos;
 traidoras minas revientan
 aquí y allá de improviso...
 Y en tanto horror, á la lumbre
 del incendio, á los rugidos
 de los cañones, al ronco
 toque de alarma continuo,
 más que las minas y bombas
 pueden los aires mefíticos;
 más que las hondas heridas
 quebrantan los males íntimos,
 y al fin Zaragoza, presa
 de indescriptible delirio,
 sufre de la propia fiebre
 más que del asedio mismo.

*
 *
 *

Suben, llegan á la Torre
 desolada los suspiros
 y el estertor anhelante

del pobre pueblo vencido.
 Y al cielo mira la Torre
 con sus grandes ojos fijos;
 con una angustia suprema,
 con un dolor infinito...

.....
 Paran de pronto el asalto
 los franceses. ¡Por qué ha sido
 tal mudanza? ¿Qué señales
 en la Torre Nueva han visto?
 ¡¡Bandera de parlamento!!
 ¡¡Zaragoza se ha rendido!!

.....
 Clamad, las torres hendidas;
 clamad, los rotos castillos,
 los hogares profanados,
 los templos escarnecidos,
 las calles ensangrentadas,
 quemadas á fuego vivo.
 «¡Venganza!», decid al aire,
 que corra luego fatídico,
 y á España lleve la nueva
 del trágico sacrificio.
 Corred, las ondas del Ebro;
 ¡no miréis el trance inicuo
 de la ciudad! ¡No la horrible
 desolación de sus hijos!
 ¡Tened envidia á los muertos!
 ¡Compadeced á los vivos!
 «¡Venganza!», grite el Moncayo
 con sus cien bocas de riscos.
 ¡Toda España se levante,
 con salto de cuerpo herido!

Y en tanto los españoles
no humillen al enemigo,
que en tal extremo los puso
de oprobios y de suplicios,
con el público escarmiento
de tremebundos castigos,
el pan se les torne amargo
y el sueño les huya esquivo;
yermos contemplan doquiera
sus campos antes floridos;
vivan cual viles esclavos,
tan sólo de serlo dignos;
¡¡malditos de Dios se vean
meses, años, lustros, siglos!!

IV

Noche lúgubre, la noche
de la fatal rendición:
¡quién dijera tus angustias!,
¡quién pintara tu pavor!
Las campanas de la Torre
doblan con fúnebre són;
lloran con trémulos ayes,
gimen con tétrica voz.
Gime la Torre, con largo
lamento conmovedor;
por la ciudad, por sus hijos,
por tanta dosolación,
por tanto mal. ¡No por ella!
¡La Torre no se rindió!
¡Sigue en pie, como una imagen

pavorosa del dolor!
¡Ay de Zaragoza muerta!
¡Moribunda se entregó!
¡Ay de España, mal herida
en su mismo corazón!

.....
Años después, Zaragoza
recobraba su esplendor.
Años después, sucumbía,
vencido, Napoleón,
cercado del mar rugiente
y atormentado del sol.
Y á la faz del orbe entero,
palpitante de emoción,
reviviendo Zaragoza,
sucumbiendo su invasor,
daban al mundo la prueba
de la más alta lección:
¡la que contienen los fallos
de la justicia de Dios!